

# UN FILOSOFO EXAMINA AMERICA LATINA

... es, a pesar de su fama continental, a pesar de la gripe y de la fatiga y a pesar del ambiente de lujo standard del hotel lo visito, un hombre increíblemente cordial, que más fácilmente uno se imagina en un aula exponiendo con vivacidad, en un dicho, en una reunión discutiendo, que en un pomposo cargo de una Cancillería tan ruidosamente estructurada como la mexicana. Está aquí para una Semana México de la que algunos pocos se han enterado, y para la inauguración de una biblioteca municipal Amalio Nervo, motivos todos ellos que no son suficientes para justificar la presencia de una de las figuras más brillantes de la filosofía y la política filosófica mexicana. La visita excede en mucho los pretextos. Pero de cualquier modo me agradezco su presencia, que nos pone en contacto, por unos poquitos días, con un hombre representativo, no sólo de la mejor élite intelectual mexicana, sino asimismo de una generación con conciencia latinoamericana que, desde los lindes del Río Bravo hasta este Río de la Plata ha venido bregando duramente por consolidar los lazos culturales del continente, por estructurar una civilización latinoamericana revisando su pasado, ya replanteándose sus problemas actuales, ya mirando con honestidad y confianza al futuro).

Leopoldo Zea es un poco —me atrevería a decir— uno de nuestra familia, de esa grande se reconoce en todas partes porque ha asumido como tema principal la obligada cuota de realidad —como queráis— que nos corresponde haber nacido en Latinoamérica, y se ha to con valor a la tarea dura que ella exige. Fui a buscarlo para hablar de sus obras, pensando hacerle un reportaje cultural. Buen leccionero buen aprovechador de su lección, se me presentaba la excelente oportunidad de conversar el acerca de ese conjunto de obras que ha producido mucho más allá de lo que quizás él mismo reconozca o sepa. Pero el reportaje cultural se nos fue a los dos de la mano, y quizás sea justo que así haya ocurrido.

—¿Qué pasa con su trabajo, Zea, a qué se debe que no haya agregado nuevos títulos? ¿En qué trabaja?

—En nada. Apenas si he dado algún curso sobre las ideas en América Latina, extendiendo mis anotaciones anteriores. Pero hace cinco años que mi actividad es otra.

—¿Consecuencia de la Dirección de Relaciones Culturales del Ministerio mexicano? ¿No sospechó que había de pasar esto?

—No sólo lo sospeché. Me lo dijo explícitamente López Mateos cuando me llamó. "Yo sé que no le hago un favor, y que lo distraigo de sus tareas, pero lo necesito". Así fue que pasé, pasado, de la Universidad, a Relaciones Exteriores, y allí he estado, trabajando sin cesar.

—¿Valía la pena?

—Me permitió conocer buena parte del mundo —Asia, Africa, recorrer América Latina— y además era una obligación.

—¿Con el nuevo gobierno qué ocurrirá?

—Normalmente cada presidente elige su equipo. Creo haber cumplido mi misión. Volveré, probablemente, a la Universidad.

—Como Ud. comprenderá, México ha sido tema de permanente referencia en este último mes, a motivo de la Conferencia de Washington. La posición del gobierno con respecto a Cuba ¿ha

provocado mucha resistencia dentro del país?

—Absolutamente ninguna. No ha habido ninguna voz para oponerse a una conducta que todos entendieron justa, y, sobre todo, representativa de la tradición mexicana en política exterior. Hasta las gentes del PAN apoyaron la política del gobierno.

—Que era la política de López Mateos...

—Sí, en cuanto es el presidente quien define la línea de conducta, pero en un caso como éste ha sido objeto de consulta evidente entre las diversas fracciones del partido y los distintos grupos de opinión. Puede estar Ud. seguro de que representa ampliamente la política de la nación mexicana.

—Pero con todo, ¿no puede ocurrir que el próximo gobierno de Díaz Ordaz a quien se tilda de estar en una actitud más conservadora, imponga un golpe de estado esa política?



—No creo. No se olvide que Díaz Ordaz ha sido ministro de López Mateos, que es su compañero de años, que desde luego en su elección como candidato ha tenido intervención el propio presidente saliente. Es muy improbable, por no decir imposible, que López Mateos decidiera crearle una complicación al gobierno inmediato. Es más legítimo pensar, como hemos hecho todos, que la actitud fue conversada con Díaz Ordaz y que éste mantendrá en toda la línea de conducta que ha respaldado el país entero. Le insisto en que no ha habido oposición a la conducta mexicana.

—Pero por ejemplo, ¿cuál ha sido la posición del sector de Alemán, cuya presidencia marcará una tan sensible aproximación— para no usar la palabra entrega— a los Estados Unidos?

—Mire. Yo escribo en el periódico *Novedades*, donde tengo una columna semanal, que es,

por otra parte, la única actividad cultural que me he permitido en estos años. *Novedades* responde, como es sabido, a Alemán, y es en ese periódico donde han salido los más duros ataques a los Estados Unidos en los últimos tiempos.

—Perdón Zea: la política mexicana es de las más enigmáticas del mundo. No entiendo.

—Para comprenderla hay que vivirla. Es cierto que hubo una tendencia norteamericana en el gobierno de Alemán, pero el apoyo de Estados Unidos pudo ser decidido mientras pudiera ser débil la posición de Alemán. Pero en la misma medida en que éste pudo desarrollarse, crear su poderosa red económica, ha tropezado con los Estados Unidos. Es decir, en la misma medida en que crece y se desarrolla una burguesía nacional poderosa, muy pronto encuentra el freno americano y debe luchar contra él para sobrevivir.

—El enigma mexicano es, para nosotros, casi incomprensible. Alguien ha dicho que el resultado más importante de la revolución ha sido edificar un estado como una obra de arte, sólo comparable a las invenciones renacentistas. El enorme poder presidencial, la forma de designación de los candidatos, la organización del partido único, o casi único, y su funcionamiento casi secreto. ¿Cómo se ha hecho la elección de Díaz Ordaz?

—El sistema nuestro consiste en discutir todo dentro del partido, no fuera. Le advierto que la pugna es muy dura, que los distintos grupos de opinión actúan con vigor y que muchas veces los candidatos son resultado de transacciones. Ruiz Cortines, por ejemplo, fue la consecuencia de la pugna entre Alemán y Cárdenas, el justo medio para salir de un *impasse*. ¿No le parece un buen sistema?

—Me parece un sistema sorprendente, sobre todo para nosotros, donde todo se ventila con megáfono, hasta las intimidades.

—Eso nos chocaría mucho a nosotros.

—Pero el sistema mexicano de resolverlo todo en la cabeza del poder, ¿no puede dar motivo a la acción perniciosa de grupos de presión ajenos a los intereses nacionales?

—No creo, o, por lo menos, no hay ejemplos probados.

—¿Y la elección de Díaz Ordaz? Usted conoce las acusaciones virulentas que le ha hecho el semanario *Política*.

—¿Pero quién pone atención a lo que diga *Política*? Y sobre todo, ¿Ud. no se ha preguntado cuáles pueden ser los motivos de esa posición en este caso?

—Conozco algunos, muy paradójicos, como los que atribuían esa campaña al propio López Mateos.

—Más bien atribúyase a la pugna de candidaturas, hecha en forma indirecta. En el proceso de elección de candidatos la lucha es dura, hay candidatos interesados en desprestigiar a los competidores, y en vez de atacarlos directamente, se lo hace por vía indirecta. Al fin de cuentas es normal preguntarse quién *financia Política*.

—Concretamente se ha acusado a Díaz Ordaz de clerical y de derechista.

—Yo he preguntado varias veces, a quienes eso dijeron, que me dieran pruebas de su cle-

# Un filósofo examina...

(Véase de la pág. anterior)

realismo. Ninguno me ha podido dar casos concretos que lo probaran.

—Y en cuanto a lo de derecho, a las dificultades puestas, por ejemplo, al pasaje hacia Cuba?

—Díaz Ordaz era ministro de Gobernación. Es impensable que adoptara una política que no estuviera apoyada, o, al menos, autorizada por el presidente.

—¿O que quiere decir que el propio López Mateos asuma esa actitud irritante?

—Gobernar es un modo de hacer equilibrio, sobre todo cuando se trata de los Estados Unidos. Le doy un ejemplo: hace tres años, cuando el jefe de la bancada parlamentaria hizo un discurso de apoyo a Ud., al día siguiente los Estados Unidos decretaron el cierre de la frontera y en ese país se preguntó que México se inclinaba al comunismo. Eso le puede dar una idea de la torpeza y la exorbitancia del péndulo al comunismo que domina en Estados Unidos y del constante temor respecto a las posiciones mexicanas. Pero Ud. siempre se ha querido hacer respetar, y yo le diría que su línea de política internacional es muy clara, muy decidida y no admira variación notable. Otro ejemplo es nuestra actitud respecto a la España de Franco. Nadie ha hablado nunca de reconocer al gobierno franquista, y el propio Díaz Ordaz ha anunciado que no quiere México que Ud. ya pertenece a la tradición de la Cancillería mexicana.

—Por lo tanto, ¿ cree Ud. que el gobierno de Díaz Ordaz no correspondiera a los anuncios de Política?

—Un presidente, una vez que asume el poder marca su personalidad dentro de la política tradicional. Pero si de algo puede servirle, le informo que a lo largo de su gira política Díaz Ordaz se encontró con muy México, y prácticamente le otorgó su apoyo y afirmó que en el candidato veía la continuidad de los ideales de la Revolución. Eso desencadenó la furia de Política y provocó una explosión en el Consejo de Redacción, dado que un señor no quiso homologar el duro ataque que se dirigió a Cárdenas.

—Claro que eso también podría ser en la actitud de no publicar problemas internos del partido. Ese partido está único...

—Que lo debemos...

—... es un ejemplo insólito dentro de los regímenes democráticos americanos.

—Dígame entonces, ¿son los regímenes de la democracia liberal, ¿sabe quién se interesó mucho por su organización y estructura interna? El general De Gaulle.

—A propósito, ¿qué significación le otorga a la nueva política gaullista en América?

—Un buen sistema de negociación. Los préstamos franceses no son demasiado importantes por su monto, pero las necesidades de inversión económica de nuestro país, pero tienen condiciones enteramente nuevas. De acuerdo a sus términos no se está obligado a comprar maquinaria en Francia si es posible encontrarla, a mejor precio, en otros países. Los técnicos franceses que se han ido a México, y que prácticamente las instalaciones fabriles estarán a cargo de técnicos mexicanos; el transporte de mercancías no está en condiciones de ser hecho por franceses, y la tasa de los préstamos es notablemente baja.

—¿Consecuencias inmediatas?

—Que los inversionistas norteamericanos han debido reestudiar sus condiciones leoninas y ya hablan de flexibilizar el sistema de préstamos.

—A todo esto, ¿cómo se ve su participación en el gobierno de López Mateos, ¿qué opinión le merece su gestión?

—Positiva, de un raro equilibrio. Yo pienso que él ha tratado de ser en México un segundo Cárdenas, y su política de extensión de la reforma agraria, como del desarrollo industrial —usted sabe que estamos en un proceso de explotación de nuestra petroquímica— parecían corresponder al espíritu cardenista.

—Sin embargo, ha sido duramente acusado su conducta con los ferroviarios, la famosa prisa de Siqueiros.

—La primera es una historia larga y complicada. Lo esencial es que en el último momento trató de encontrar una solución, y que sólo actuó cuando los pequeños grupos sindicales se trataron de separar del movimiento. En cuanto a Siqueiros, alguna vez le dije, como otros, que era un desprejuiciado para su gobierno. Había sido duramente atacado por Siqueiros —no olvidó que yo me había ido, así que lanzándose a su jira latinoamericana— para denunciarlo en términos muy fuertes. Pero cuando Siqueiros se apaciguó en posición desante y solicitó el indulto, de inmediato le fue concedido.

—¿No tuviera problemas con su antiguo embajador norteamericano, Thomas Mann?

—Nosotros no: fue muy correcto siempre. De mis artículos se limitaba a decir que eran interesantes.

—¿Esos artículos no le provocaron problemas?

—No. Alguna observación del Ministro, a veces, sobre todo cuando los asuntos del Brasil. Probablemente sobrepasó la línea que le cabe a un funcionario oficial. Estará Ud. de acuerdo conmigo que lo ocurrido en Brasil justificaba algún exceso en la indignación.

—La política de Thomas Mann en América se ha demostrado de las más perniciosas para nosotros. ¿Qué piensa Ud. de la situación del continente?

—Que es particularmente difícil. Estive ahora en Chile. ¿Qué piensa Ud. de Frey?

—Que ha manifestado las mejores intenciones y que parece un hombre que quiere cambiar su país.

—Si así lo puden dejarán? Me temo que pueda ocurrirle lo que a Belaunde Terry, que representaba un poco su actitud en el caso peruano.

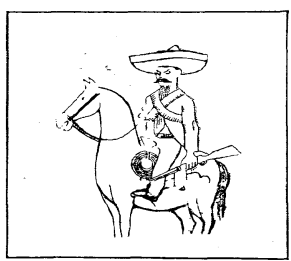
—Personalmente, Zea, pienso que Belaunde no tuvo el coraje de asumir las consecuencias de su inmenso triunfo cuando las elecciones municipales...

—Sí, pero no fue sólo temor. Al parecer no estaba seguro del apoyo del ejército, que se halla dividido en varias fracciones. Lo cierto es que la conjunción Haya-Ordaz está demoliendo paraisónicamente todos sus intentos, lo está desprestigiando y ha conseguido paralizar el proyecto que insinúa Belaunde.

—¿No pasará lo mismo con Frey?

—Si así lo hacen, simplemente abrirán de par en par la puerta grande al frapismo. No pienso que puedan ser tan torpes.

—Pero lo fueron en el Brasil. ¿Quiere Ud. reformas más tímidas que las emprendidas por Goulart? Y va ve Ud.



—Volviendo a México, Zea, mi impresión, cuando estuve a principios del año, fue muy curiosa: los cantantes me resultaron demasiado violentos. Y además, a través de la literatura —que es siempre un buen índice— he visto arrear de las críticas. ¿Existe un verdadero proceso de mejoramiento de las clases populares?

—Creo que sí. Hay que recordar de dónde se partió, lo que ya se hizo, las dificultades con que se luchó.

—Conoce Ud. el libro de Johnson sobre las clases medias. ¿Le resulta valdiera su explicación de la revolución mexicana?

—Sí. Fue, sin duda, una revolución burguesa nacional, que ha conseguido el ascenso de una clase poderosa, emprendedora. Su acción ha servido enriquecer a todo el país y ha superado sus intereses propios, para beneficiar a un distinto grado, al resto de la población.

—Esa experiencia revolucionaria mexicana, ¿no hubiera sido útil, como ejemplo, como ayuda, en un determinado momento del proceso cubano, cuando Cuba todavía oscilaba antes de inclinarse al socialismo?

—No sólo lo hubiera sido, sino que incluso lo intentamos. Hubo un momento en que México se puso a punto de poner sus técnicos, su desarrollo industrial, al servicio del movimiento cubano, y de contribuir a la solución de sus problemas, proporcionándole, desde luego, nuestra propia experiencia. Fue en la época del discurso parlamentario de que le hablaba, y la presión norteamericana fue tan poderosa como para hacerle ver la peligrosidad de pasarse al revolucionario cubano, que ya había sido pintado de rojo comunista.

—¿Tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos?

—Se sonríe. Retomamos por otra vez nuestro diálogo. No enfrentamos otra vez a los aspectos culturales. ¿Qué pasa con la Universidad?

—En una síntesis de los días de la guerra en México publicada hace unos años, Ud. se detiene en el año 1940. ¿Qué ha pasado después?

—Nada. Parece imposible, pero creo que me he dado. Los jóvenes algunos de ellos, algunos de ellos, lo había una especialización que escapaba a los límites de la filosofía: se han concentrado en la técnica, en la matemática, de lógica, a fuerza de la ciencia, en los métodos, en los casos, algunos de ellos, algunos míos han pasado al marxismo.

—A propósito. Acabo de releer la polémica Caso-Lombardo Toledano. ¿Qué se ha hecho de él?

—Políticamente es un cadáver. Su partido se tiene una poca posibilidad de crecimiento. Incluso en esta elección ha sido derrotado. Incluso por la nueva legislación electoral, que él se ha negado que de cualquier modo estén representados a él el grupo de los conservadores. Él mismo se ha conservado su diputación. Hubo un grupo, no había algunos artífices para que su partido, a pesar de una representación. El tiempo del PAN a través mayor desarrollo. Es inimaginable, ahora, en México, fuera del PRI.

—Creo que esas fueron las palabras de Cárdenas cuando se trató de convalidar de la formación de una nueva política.

—Y eso a pesar de su inmenso prestigio.

—En los hechos, Zea, ese inmenso poder del partido se concentró en las autoridades ejecutivas, ha reducido el peso de la importancia del Parlamento. Signo de los tiempos, pienso, ¿pero no es también el fin de él?

—De una determinada forma de la democracia, nada más. Es un sistema que se transforma. La concentración del poder en el Ejecutivo ha resultado ser definitiva. Pero eso ya ha pacificado, se ha encaminado por las vías de un desarrollo intenso, ha permitido la aplicación de planes de desarrollo.

—¿En los países socialistas...?

—Zea vuelve a sonreír, y evidentemente le gripe por lo que se ve cometido, aparte del resto, a lo fatigado.

—Las nuevas generaciones se excitan parecen alejarse de ustedes.

—Al menos se alejan de ciertos valores que nosotros defendimos en el momento. Por ejemplo, nuestra concepción nacionalista, americana. Pero eso también puede ser consecuencia de la creciente competencia mundial. En México, ya hace pocos días un film de la época en que López Mateos subió a la presidencia: era un hombre joven —tenía 40 años— parecía dotado de un enorme bienestar económico.

—¿Eso es un ejemplo de un hombre que ha conservado su energía de gobierno, pero ha sido desgastado por la enormidad de tareas que le han correspondido?

—Como se ve, es inútil. Volvamos a la política, y ya han pasado dos horas de charla apacible. ¿Todavía hablamos de Díaz Ordaz, de su política, de su presidencia? ¿O de la mexicana, de su educación universitaria (junta con López Mateos los dos primeros universitarios que fueron a la presidencia)?

—¿De Zea para un último ataque?

—Y bien. ¿No se podría decir que México ha retornado, bajo nuevas formas, al porfiriato?

—No. —La respuesta es firme bajo la forma siempre apacible—. Son otras las condiciones de la nación. No puede repetirse igual un ciclo histórico correspondiente a otro tiempo.

—En estos momentos, Leopoldo Zea, funcionario de la Cancillería, tiene tantos motivos para estar orgulloso de su país, de su continente, de su cultura, de su América, que no parece legítimo insistir en las críticas.

—Pasamos rápidamente al capítulo político interno norteamericano, a la presidencia de Kennedy.

—¿Si se aserina a un presidente lo demás ya es lo de menos? — a su esperanza, o deso, de un triunfo de Johnson.

—Pero Thomas Mann fue nombrado por Johnson, digo, pero Zea parece dispuesto a separar seriamente la política norteamericana y la del día siguiente.

—Me que, es una actitud prudente.

—Me voy. Parto de vacaciones y no lo volveré a ver. Mientras desciendo por el aeropuerto de Chapala, me debe contarle la elección de los candidatos, me seccion literaria de la semana resultará que yo me voy también que no es casualidad que un diálogo sobre temas culturales se haya devenido un intercambio sobre temas políticos.

—¿Acaso todo posible de hablar, como aquel personaje que intercambia con Chaplin, no debe contarle la elección de los candidatos, me seccion literaria de la semana resultará que yo me voy también que no es casualidad que un diálogo sobre temas culturales se haya devenido un intercambio sobre temas políticos.

—¿Acaso todo posible de hablar, como aquel personaje que intercambia con Chaplin, no debe contarle la elección de los candidatos, me seccion literaria de la semana resultará que yo me voy también que no es casualidad que un diálogo sobre temas culturales se haya devenido un intercambio sobre temas políticos.

—¿Acaso todo posible de hablar, como aquel personaje que intercambia con Chaplin, no debe contarle la elección de los candidatos, me seccion literaria de la semana resultará que yo me voy también que no es casualidad que un diálogo sobre temas culturales se haya devenido un intercambio sobre temas políticos.

—¿Acaso todo posible de hablar, como aquel personaje que intercambia con Chaplin, no debe contarle la elección de los candidatos, me seccion literaria de la semana resultará que yo me voy también que no es casualidad que un diálogo sobre temas culturales se haya devenido un intercambio sobre temas políticos.

—¿Acaso todo posible de hablar, como aquel personaje que intercambia con Chaplin, no debe contarle la elección de los candidatos, me seccion literaria de la semana resultará que yo me voy también que no es casualidad que un diálogo sobre temas culturales se haya devenido un intercambio sobre temas políticos.

—¿Acaso todo posible de hablar, como aquel personaje que intercambia con Chaplin, no debe contarle la elección de los candidatos, me seccion literaria de la semana resultará que yo me voy también que no es casualidad que un diálogo sobre temas culturales se haya devenido un intercambio sobre temas políticos.